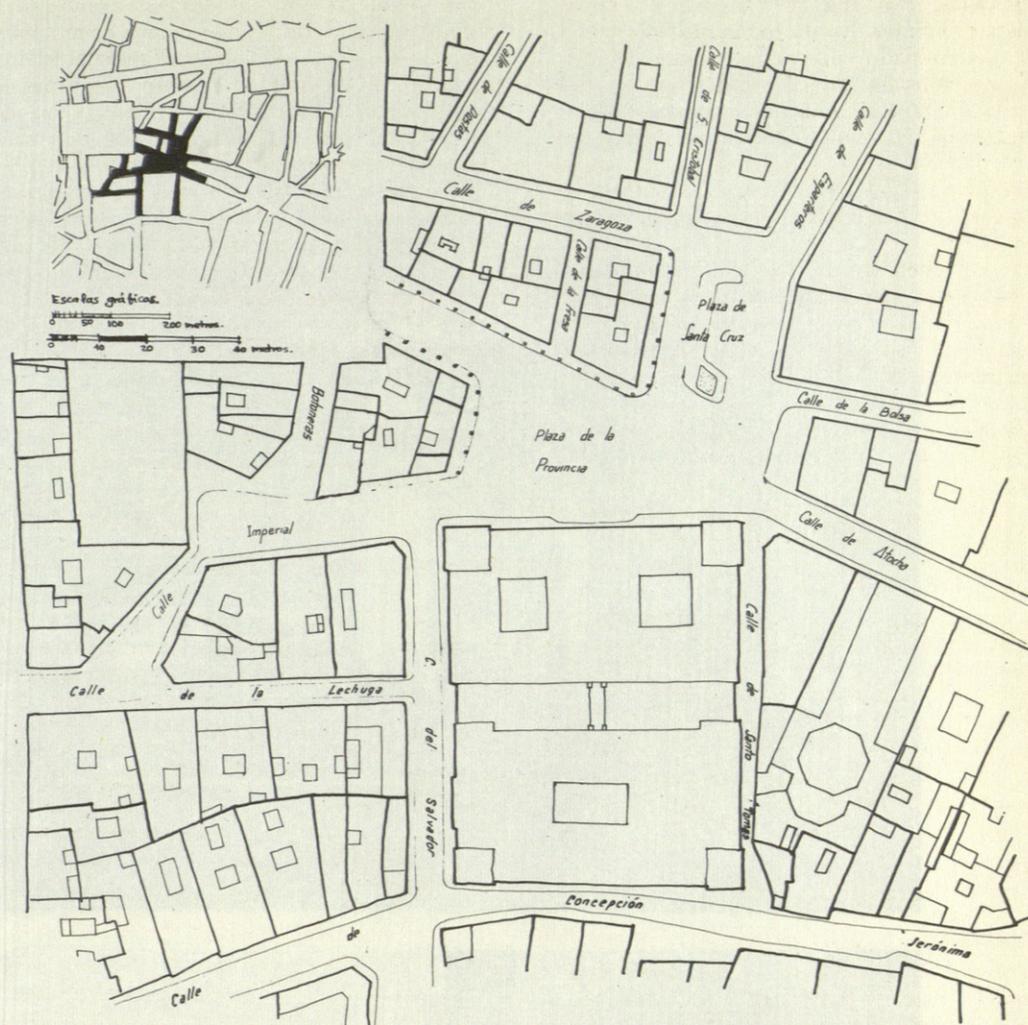


LO QUE VEMOS

Julián Peña



ENCRUCIJA DA

Hay una zona de la geografía urbana de Madrid que, para qué vamos a ocultarlo si al cabo se nota, merece nuestra predilección, y es nuestra debilidad. Se trata de la que suele conocerse con el nombre de Madrid decimonónico o galdosiano. Sus límites son imprecisos, convencionales y eminentemente subjetivos. Cada quisque los sitúa según su leal saber y entender, circunstancia que hace que varíen de unos autores a otros. Expliquemos los nuestros, al modo con que, en Primera Enseñanza, nos enseñaron: "España limita al Norte con el Mar Cantábrico y los Montes Pirineos, que le separan de Francia... etcétera".

El Madrid decimonónico o galdosiano, limita al Norte con las calles de Aduana, San Alberto; Plaza del Carmen, calles de la Abada, Mesonero Romanos, Rompelanzas, Maestro Victoria, Misericordia; Plazas de las Descalzas y San Martín, calles de Trujillos y su Travesía; de las Conchas, Caños y Plaza de Isabel II, que le separan de la Gran Vía y su zona de influencia. Al Oeste, con las calles de la Independencia, Espejo, Milanese, Conde de Miranda, Plaza del mismo nombre, calle de la Pasa, y Plaza de Puerta Cerrada, que le separan del Madrid de los Austrias; y con la Cava Baja que le separa de la Morería. Al Sur, limita con la Plaza de la Cebada, calles de San Millán, Duque de Alba,

Plaza de Tirso de Molina y calle de la Magdalena, que le separa de los Barrios Bajos. Y, en fin, al Este, el Madrid, repetimos, decimonónico y galdosiano, limita con la calle de Matute, Plaza del mismo nombre, y calles del Príncipe, Sevilla y Peligros, que le separan del Madrid literario primero; y, después, de la zona bancaria.

Es muy posible que algunos, pocos o muchos, de mis lectores, no estén de acuerdo con la limitación que propongo. Unos añadirían tal ambiente, o cual manzana; mientras que otros, suprimirían este sector, o aquel conjunto. Estoy seguro que todos ellos, en parte o en su totalidad, no les faltaría razón para proponerlo; y en ello estamos, desde el momento que apuntamos la vaguedad, imprecisión y subjetividad del asunto.

¿Qué tiene este barrio, para que nos atraiga de este modo? Posiblemente varias cosas que, ahora, con los folios aún blancos delante, intentaremos explicar.

Para empezar, la escala y trazado del entramado viario; la primera tan proporcionada con nosotros, y el segundo tan poco regular, nada aburrido e imprevisto. Cuando deambulamos por sus calles, callejones, travesías, pasajes, plazas y plazuelas, lo hacemos integrados en un

ambiente humano, que inmediatamente nos envuelve. Aquí, no nos aplasta el volumen de una edificación altriconca, ni asusta la distancia que nos separa de la acera de enfrente. Además, la variedad y espontaneidad de los ambientes hace que, pese a conocerlos de memoria, vayamos de sorpresa en sorpresa. Si un forastero, o un turista, nos aborda para preguntarnos, por ejemplo, dónde está y por dónde se va a Palacio, nos pone en un aprieto, ya que la cosa tiene su complicación. Aquí no vale el consabido recurso de: "Siga usted por esta calle, y al llegar a la tercera, tuerce a la izquierda y la cuarta calle que encuentre es la que busca"; aplicable solamente en los fríos y regulares trazados en cuadrícula. Ni el que Camilo José Cela adjudica a Vitoria y puede extenderse a otras ciudades: "Siga usted derecho y al llegar al tercer guardia, dobla a la izquierda; cuando después encuentre usted al primer guardia, pregunte". La orientación no hay más remedio que hacerla a base de referencias vagas, y noticias que debemos improvisar: "Siga usted en esta dirección; verá una Iglesia y al llegar a una plazuela, gire algo menos de noventa grados..." en fin, un lío que, a veces, resolvemos acompañando al despistado con lo cual, además queda a salvo la tradicional hospitalidad madrileña.

También la topografía natural primitiva, que se ha conservado en los perfiles longitudinales de las calles, le da unas posibilidades de puntos de vista diferentes. En un momento y desde un lugar determinado, dominamos una composición de tejados de gran jugosidad; mientras que, inmediatamente, si andamos unos pasos, nos encontramos con una perspectiva lejana en subida que nos priva, casi por completo, de la contemplación del cielo. Si es el atardecer, y tenemos suerte, se nos aparecerá rojizo, dentro de poco.

La congruencia de las edificaciones de vivienda, en su mayor parte de una arquitectura modesta, neutra, y sin pretensiones; que juegan perfectamente su papel de telón de fondo, o aglomerante de los edificios singulares, civiles y religiosos, que abundan. En este sentido, hay que señalar que, a pesar de algunos errores que podemos contar con los dedos de las manos, la actuación municipal, a través de la observancia de las Ordenanzas núms. 1 y 3, es merecedora del aplauso más entusiasta.

Los comercios que abren sus puertas en el barrio, todos ellos, o en su gran mayoría con tradición, historia y venerable ancianidad, son otras de las causas que sirven de atracción. Por aquí abundan las advertencias: "Casa fundada en 1883", "Casa fundada en 1885", "Casa fundada en 1892"... Podemos, ante lo insospechado de la especialidad, detenernos ante una Cedazería, o una Tonelería. O delante de una Farmacia, que aún luce en su portada: "Provedores de la Real Casa".

Los elementos humanos que residen por estos lugares, son también dignos de entrañable observación. Muchos parecen salidos de un viejo álbum de recuerdos. Las novelas de don Benito, sus personajes, nos vuelven a interesar. Pensamos que alguno de ellos, de forma misteriosa, ha regresado al lugar de sus andanzas. Algunos conversan despaciosamente; mientras otros, caminan sin aparente rumbo.

Por otro lado, y en un proceso que nos parece irreversible y acelerado, resulta evidente la pérdida de importancia comercial y de actividad en oficinas y despachos que, ¡y que sea en buena hora! se trasladan hacia otros lugares, dejando aquí únicamente el comercio de barrio y el que tiene su clientela entre los residentes en los pueblos del suroeste de la provincia, y la limítrofe de Toledo.

Como ahora viene a cuento digamos que, un estudio que hiciese posible, con su implantación, soluciones generales de tráfico automóvil, evitando los itinerarios que atraviesan este barrio, sería una gran aportación a la puesta en valor histórico-estético del conjunto.

Vamos hoy a dedicar nuestro comentario a una singular encrucijada urbana, característica del Barrio que, de manera general, hemos definido por sus peculiaridades más importantes. Se trata de la que forman las Plazas de Santa Cruz y la Provincia. También nos detendremos ante las calles que salen de ellas o están en su vecindad: Esparteros, Atocha, Imperial, Fresa, Lechuga, Botoneros, Bolsa, San Salvador, Santo Tomás, San Cristóbal...

Las dos Plazas son contiguas, uniendo sus espacios de distinta planta: Santa Cruz, sensiblemente rectangular; a de la Provincia, triangular. El conjunto tiene una realidad volumétrica y ambiental poco común, encontrándose presidido por la fábrica de la antigua

Cárcel de Corte, Palacio de Santa Cruz, hoy sede del Ministerio de Asuntos Exteriores. Los demás edificios están todos ellos muy bien conjuntados haciéndose muy buena compañía y vecindad los unos a los otros. Domina el balcón y los revocos, sin que falten algunas fachadas de ladrillo visto. La casa núm. 1 de la Plaza de Santa Cruz, con vuelta a Zaragoza que es a donde tiene su fachada de mayor longitud, es muy interesante, y tiene un aparejo de ladrillo, formando dibujos salientes, muy personales. Otra casa, más importante, seguramente del mismo autor cuyo nombre desconozco, se encuentra en estas proximidades, en la calle de Toledo esquima a Colegiata. Allí, se repiten los mismos aparejos, con el ladrillo a cara vista.

Otra casa de fachada de ladrillo, aquí con pequeñas zonas de azulejo, del más puro neomodéjar, es la de Plaza de la Provincia esquina a la calle Imperial. Solamente tiene un balcón a la Plaza, y soporta un desgraciadísimo "levante", que junto con otros volúmenes medianeros de las casas colindantes, estropean por completo el paisaje que vemos desde la hermosa fachada del edificio que aloja la Sucursal del Banco de Bilbao y componen la fachada del Ministerio, en escorzo; y, de frente, las casas con soportales de la Plaza -Hotel la Perla Asturiana- y más al fondo, las tres tan lamentablemente coronadas.

Por cierto que, hablando del actual Ministerio, diremos que el edificio está en perfecto estado de conservación, y que hay división de opiniones en cuanto al nombre de su autor; unos se inclinan por el arquitecto italiano Juan Bautista Crescenti, autor también del panteón de los Reyes en El Escorial, mientras otros apuntan hacia Gómez de Mora o Carbonell. Lo que, en cambio, está bien claro es la fecha de su construcción. La primera piedra se colocó el año 1629, al menos eso se dice en un libro que

nos merece toda garantía, y su terminación fue en 1636, según podemos leer en la artística lápida de encima de la puerta izquierda, escrito en piedra: "Reynando la Magestad Católica - de Phelipe III - se construyó este edificio - Año de - MDCXXXVI". Haciendo juego, encima de la puerta de la derecha, hay otra lápida igual que la anterior aunque con distinto texto. Esta dice: "Reynando la Magestad Católica - de D. Alfonso XIII - Bajo la Regencia de su Augusta Madre - Se trasladó a este edificio el Ministerio de Estado - Año de MCMII". Ahora, ya está dicho, se encuentra en este histórico Palacio el Ministerio de Asuntos Exteriores, que ocupa también la ampliación que en este siglo proyectó y construyó el arquitecto Pedro Muguruza con evidente acierto. La presencia actual de la diplomacia española, la detectamos en seguida al ver a los conserjes y ordenanzas que, vestidos con los clásicos uniformes azules con galones dorados de la Administración, aunque en este caso con forma de frac, cruzan la Plaza ya en busca de aspirinas que adquieren en la Farmacia Santa Cruz; o portando una moderna y plateada cafetera, se surten de la aromática infusión en la Cafetería Liana de la calle de Gerona. ¿No hay, por lo tanto, Bar en este Ministerio, como en otros; el de la Vivienda, por ejemplo? Es muy posible.

Volviendo a las Plazas, diremos que superficialmente se encuentran pésimamente ordenadas, no aportando nada, sino al contrario para la buena estética del conjunto. Hace años, recordamos, había una pequeña fuente, — ¿con unos patos? — en frente del Palacio. Hoy, la circulación y el aparcamiento de los automóviles, que todo lo arrolla, también llegó aquí. A nosotros nos parece que bien próximo se encuentra el estacionamiento subterráneo de la Plaza Mayor, que puede ser utilizado por los





visitantes del departamento ministerial; por lo que, en pura lógica, sobran las reservas de plazas sobre el asfalto que, por otra parte, son bien escasas. Si, además, se encontrase otro lugar para la terminal de las dos líneas municipales de autobuses que la tienen en la Plaza de Santa Cruz, podrían darse los supuestos previos necesarios, para acometer la reforma del conjunto del suelo de las Plazas, en busca de mayor espacio para el transeúnte, y dar acompañamiento a los edificios, por medio de zonas enlosadas con el noble granito, que tan bien hace. Si se encontrase sitio para algún elemento escultórico, estatua o fuente, entonces la cosa podría quedar, como ahora suele decirse, perfecta.

Pero, mientras tanto, esta encrucijada sigue convertida en paso obligado para los madrileños que cruzan la Villa, de Este a Oeste, en su automóvil; y utilizada como sala de espera al aire libre, de los que carecen de utilitario y aceptan la sugerencia municipal: "Por un Madrid más amplio, ocupe menos sitio". Sugerencia, que hay que reconocerlo, tiene su guasa; ya que, pese a la incomodidad que representa la utilización del automóvil propio en nuestra Villa, el moverse únicamente en autobús regular de los servicios municipales, se las trae. Cuando un autobús llega del Barrio del Lucero o del

Puente de Toledo, los viajeros se dirigen en grupo que, naturalmente, no cabe por las estrechas aceras de la calle de Esparteros, hacia la Puerta del Sol. Cuando un autobús parte, desaparecen las largas colas de los que, pacientemente, han esperado.

La última casa de la calle de Esparteros, la núm. 13, es una casa de cinco plantas, de arquitectura muy noble. La planta baja comercial y la primera son de sillería de granito, y el portal está flanqueado por dos pilastras del orden corintio; en el centro, encima, tiene una zona almohadillada; los huecos están proporcionados, y la cerrajería de los balcones es sobria. El conjunto está desgraciadamente deshecho por las instalaciones comerciales de las tiendas de su planta baja; peor, con mucho, la relojería y joyería, que la camisería. Esta casa tiene además, el interés humano, para nosotros, de que en ella se encuentra la Pensión donde se alojó, en su época estudiantil, nuestro compañero Manolo Millán, hoy arquitecto en la Capital del Santo Reino, Jaén, a quien enviamos un saludo, que esperamos le llegue. La casa, para que no haya dudas de su rancio abolengo, luce la siguiente inscripción sobre sencilla lápida: Año 1846.

En la calle del Salvador, esquina a Lechuga, hay una casa interesantísima que está firmada

por sus autores, los arquitectos I. Rodríguez Avial y Eduardo Reynals. El portal es de granito labrado y tiene un diseño muy acertado, perfectamente acorde con la arquitectura de las fachadas, que se rematan con unos elementos verticales gotizantes que le dan un aspecto de castillo británico.

Por las fechas en que escribo este comentario, empieza a notarse la continuada actuación municipal en pro del adecentamiento y puesta en valor del Barrio; llevada adelante con entusiasmo, y, por lo que empezamos a ver, con óptimos resultados, por nuestros compañeros cuyo nombre omito, pues preferirán permanecer en el anónimo. Las casas, limpias sus fachadas, con las tiendas de planta baja acordes, y letreros y muestras comerciales uniformes, empiezan a abundar. Si consiguen, como deseo y espero, roer el hueso que debe suponer el arreglo de la Puerta del Sol, el éxito va a ser sonado, y el impacto y antecedente para otros trabajos del mismo tipo, en otras zonas de la Villa, muy importante.

Por eso, al movernos por la encrucijada urbana de que hablamos, nos encontraremos con casas con sus fachadas relimpias, recién restauradas, mientras que los andamios que sirven de elemento auxiliar para los trabajos que se llevan a cabo en otras, al partir en su

sustentación desde el suelo, nos obligan a ir haciendo regates por las aceras. Allí, vemos la letra de muestra que se ha colocado, para que el arquitecto pueda ver "qué tal le hace"; en otro lado, vemos los fraileros de un balcón pintado de un color distinto al de al lado, en espera también de la visita que decida.

El otro edificio importante de la encrucijada, en este caso de arquitectura religiosa, es la Parroquia de Santa Cruz, la de la insólita torre neomudéjar; que según proyecto del Marqués de Cubas y M. de Olabarria, se construyó a caballo de los siglos XIX y XX. La antigua Parroquia del mismo nombre estaba, y al Texeira me remito, en el núm. 1 de la Plaza de su nombre, "frente a la Plaza Mayor, donde se halla la puerta principal, plazuela de la Leña". La Plazuela de la Leña era, principalmente, ese ensanchamiento irregular que se aprecia en la calle de la Bolsa, y el nombre le venía, según dicen, por la que almacenaron allí los comuneros para construir las barricadas.

La actual Iglesia es de una sola nave; tiene ocho capillas laterales, cuatro a cada lado, y además dos en el crucero. Es de arquitectura neo-gótica; y pese a lo cuidado que se nota su trazado, y a la mano de un gran arquitecto que se aprecia, confesémoslo humildemente, no nos gusta, encontrándola oscura, fría y pastiche.

La torre, sin embargo, la encontramos de gran interés. Vista desde la calle de Atocha, justo en frente de ella, produce una impresión sobrecogedora y aplastante. Desde debajo de los soportales de la esquina de las dos Plazas, tiene un estupendo punto de vista, y desde allí podemos entretenernos con la contemplación del complicado dibujo que forma el aparejo del ladrillo. Tema muy discutido, hay opiniones para todos los gustos, es el de las blancas esferas del reloj, una en cada cara de la torre, después de un rato, también podemos opinar nosotros: estaría mejor sin ellas.

Las características y singularidad del comercio son muy llamativas. El Restaurante Nacional, Bodas, Banquetes, Reuniones, fundado en 1885, se encuentra en la calle Imperial esquina a Toledo. En la época turística, coloca llamadas en idiomas extranjeros, francés, inglés, alemán e italiano, para la atracción del forastero. Sin embargo, ahora, sirve a su habitual clientela, mientras tiene reservadas ya casi todas las fechas para la próxima temporada de Bodas y Primeras Comuniones. Esta calle Imperial tiene un comercio importante. Aquí está el conocido almacén de Lonas de Hijos de Deogracias, Ortega; el Almacén de calzados de caucho de la sucesora de José Gurmendi Arana; y la gran Hojalatería de sucesores de J. Puente. La hojalatería, con sus escaparates dignos de nuestra atención, fue fundada el año 1898, que es el mismo que da nombre a la famosa generación literaria que formaron tres vascos, dos gallegos; y un andaluz, un levantino y un madrileño. También en la misma calle, vemos, "La Amapola", fábrica de flores, con sus escaparates llenos de los productos que fabrican, por cierto muy bien y, nos parece, con poco o ningún plástico; y una tienda, en la esquina de la Lechuga, de muebles de terraza y jardín, por su instalación y actividad nueva, y que es muy agradable de ver, por la gran cantidad de plantas naturales, principalmente hiedras que muestra en su interior entre las mercancías.



Los soportales de la calle de Gerona, que luego se prolongan por la Plaza de la Provincia, y los de esta Plaza, también tienen un comercio notable. Allí están: "Los Leones", "La Caprichosa", "La Gloria", "La Rosa"... algunas de ellas se declaran, "proveedores de todas las sociedades ferroviarias".

En la calle de la Lechuga, en el número 3 por más señas, hay una Taberna con nombre muy en consonancia al emplazamiento. Se llama, "El Cogollo". Ya anocheado, en su interior se juegan varias partidas de tute subastado, o de compañeros de gran interés, a juzgar por el número de mirones que contemplan su desarrollo. Un cliente deja unas cuantas monedas de peseta, y, a cambio, recibe un montón de sobrecillos, como los de las

Tómbolas, que se afana en abrir. Preguntamos al tabernero, a la vez que pagamos nuestros vasos:

- ¿Qué es eso?
- Nada. Un sacacuartos.
- Vamos, algo parecido a una rifa.
- Sí.
- ¿Y qué premios salen?
- Según. Dos, cinco o diez pesetas...

El mostrador de la taberna está, entrando a la derecha. Al fondo, sobre el cristal esmerilado del montante de una puerta, se lee el clásico: "Paso a los comedores". Sin saber por qué, nos resulta simpática esta tienda de vinos, en la que aún se le da valor, pese al evidente deterioro de su poder adquisitivo, a la unidad de nuestra divisa monetaria.



La Farmacia de la calle de Botoneras tiene muy repintados y pulcros los cierres de madera que, al abrirse, se abaten sobre la fachada exteriormente. Su escaparate anuncia las excelencias de determinado producto para la higiene de la boca. Si nos acercamos podemos leer el siguiente "slogan", seguramente redactado hace muchos años antes de la invención del "marketing": "Vale más un diente, que un brillante". ¡Y usted, que lo diga!, se nos ocurre pensar a nosotros mientras, por una evidente asociación de ideas, nos dirigimos, atravesando la Plaza Mayor, a la calle de Zaragoza.

Porque en la calle que ahora lleva el nombre de la capital aragonesa, levantan diariamente sus cierres metálicos varias Joyerías y Platerías: Pérez Fernández, La Onza de Oro, la Joyería de Santa Cruz, con su tradición madrileña en pulseras de pedida unas, y en perlas otras. Ahora, sin que corramos peligro de atravesar alguna de sus puertas, como hicimos en su día, nos gusta dar un repaso a sus escaparates, mientras vemos dentro a los clientes, sentados ante las mesas-mostrador, observando las piezas que, bajo fuerte y blanca luz, coloca el joyero que les atiende, sobre los negros fieltros. Sin embargo, y por lo que pudiera tronar, conviene cuanto antes, tras admirar las soperas, fuentes, y demás elementos de las vajillas de plata que se exponen, cambiar el tercio.

Pronto estaremos ante "La Casa de los Juegos". Juegos y objetos para broma como es notorio. Dedos de pega vendados, con llamativa sangre en la punta; aceitunas de yeso, duras y relucientes; huevos fritos, par de, en los que apetece mojar pan de bien hechos que están; lo que mis lectores suponen y no voy a escribir, pues doy por sabido; narices, bigotes, matasuegras... de todo ello vemos ejemplares en el escaparate, junto a los parchís, dominós, ruletas, barajas españolas y francesas, bolas de billar, piezas de ajedrez, puzzles...

Se me ocurre pensar que, todo es posible, alguno de mis lectores quizá tenga la humorada de darse una vuelta, y visitar la zona de Madrid de la que he hablado. Mi consejo para el caso es que lo haga ascendiendo por la calle de San Cristóbal, subiendo desde la calle Mayor, por la acera de la derecha, números pares, como debe hacerse. Hasta la calle de Postas, se encontrará con pocas novedades dignas de mención. Quizá se detenga ante el escaparate lleno de juguetes que le saldrá al paso. Cruzada esta calle, al fondo, se nos aparece la fachada del Palacio de Santa Cruz que nos cierra la perspectiva. El repecho de la calle, que ahora vamos a subir, nos tapa la mayor parte de la planta baja del Palacio, que va apareciendo en nuestro campo visual a medida que avanzamos. Al llegar al cruce con la calle del Conde de Plasencia, vemos ya la fachada en casi toda su altura, a la vez que, más próxima, entra en el paisaje la de la casa núm. 1 de la Plaza de Santa Cruz, que hace esquina a Zaragoza, y que liga perfectamente en color y materiales con el Palacio, apareciendo los soportales de la casa y de su vecina en el sentido de nuestra marcha. Seguimos andando, empe-



zando a ver ahora, una de las torres del Palacio rematada con su chapitel; después el cimborrio de la Parroquia de Santa Cruz y, al fin, antes de llegar a la esquina de Zaragoza, donde podemos parar unos momentos para contemplar el conjunto, su extraordinaria Torre, de la cual vemos dos de sus caras, cada una con su correspondiente esfera de reloj.

Para darnos ánimos antes de iniciar nuestro recorrido, volviendo sobre nuestros últimos pasos, menos de diez podemos tomar un "culín" en "La Madrileña", y si la hora es apropiada para el caso, dejar ya encargada la mesa y la inevitable y, por otro lado riquísima, merluza a la sidra, especialidad gastronómica digna de toda clase de honores.